

pero esté seguro de que le conozco, y de que no escapa sin su lección.

Inmediatamente el otro agarró un cayado corto y saltó á la carretera, cogiendo á la yegua de la rienda con una sonrisa de inmenso desaffo:

— Aquí estoy; venga ahora la lección, porque usted no pasa para adelante, Ramires de mier. . .

Una niebla turbó los ojos del hidalgo, y de repente, en un inconsciente arranque, como llevado por un furioso viento de orgullo y de fuerza que se desencadenaba del fondo de su sér, gritó y arremetió contra aquel hombre, cuya mano oscura é inmensa colgaba del freno.

Levantado en los estribos, sacudióle un bastonazo que le dejó una oreja colgando. Retrocedió el hombrón tambaleándose. Gonzalo se echó sobre él arremetiéndole de nuevo. Las patas de la yegua machucaban las piernas del hombre, ya en el suelo.

Un tiro atronó la carretera, y Gonzalo vió al rapazote moreno con la escopeta levantada y humeante, pero aterrado ya.

Lanzó la yegua sobre él, blandiendo el aire con el bastón; el rapaz desfavorido corría para saltar el vallado y escapar.

— ¡Ah, perro! ¡Ah, perro! — gritaba Gonzalo. Atontado el rapaz, tropezara con una viga, y ya se levantaba, cuando el hidalgo lo alcanzó bañándole de un bastonazo la cara en sangre. Tambaleóse el rapaz, y cayó contra un pilar. Entonces

Gonzalo detuvo la yegua. Los dos hombres yacían inmóviles. De ambos corría la sangre sobre la tierra seca. El hidalgo de la Torre sentía una alegría brutal. Un grito espantoso sonó del lado de la casa.

— ¡Ay, que mataron á mi rapaz!

Era un viejo que corría agachado, hacia la puerta de la casa. Tan certeramente espoleó Gonzalo la yegua, que el viejo quedó aterrorizado ante el inquieto animal, suplicando ansiosamente al hidalgo:

— ¡Ay! No me haga mal. ¡Por el alma de su padre Ramires!

— Ese canalla descerrajóme un tiro. Usted tampoco tiene buena cara. ¿Para qué corría usted hacia su casa? ¿Iba á buscar otra escopeta?

— No tengo en casa ni un cayado, mi señor. Así Dios me ayude y me salve al rapaz.

Pero Gonzalo desconfiaba. Cuando bajase por la carretera de Ramilde, bien podría el viejo correr á la casa y agarrar otra escopeta y matarlo traicioneramente.

Entonces concibió contra cualquier emboscada un ardid seguro, y hasta se sonrió recordando trazas de guerra de D. García Viegas, el *Sabedor*.

— Marche delante de mí, por la carretera.

El viejo tardó en levantarse, aterrado.

— Pero, mi señor, ¿cómo voy á dejar al rapaz sin auxilio?

— El rapaz está tan sólo atortolado; ya se movió, y el otro también. Marche usted.

Al irresistible mandato de Gonzalo, el viejo, despues de sacudir denodadamente las rodilleras, avanzó por la carretera, inclinado delante de la yegua como un cautivo, rezongando: ¡Cómo se arman las cosas, señor! ¡Ay, santo nombre de Dios, qué desgracia! A espacios parábase mirando al hidalgo con un mirar torvo, donde negreaba miedo y odio. Carretera adelante, donde se levantaba una cruz en memoria del abad Paguim, asesinado, Gonzalo reconoció un atajo para la carretera de los Bravaes, que llamaban el *Camino de la Molienda*, y por ahí metió al viejo, que en el pavor de aquella soledad, pensando que Gonzalo lo alejaba de los caminos trillados para matarlo cómodamente, rompió á gemir: «¡Ay, que este es el fin de mi vida! ¡Ay, Nuestro Señor, que es el fin de mi vida!», y no cesó hasta que desembocaron en la carretera.

A la milla paróse Gonzalo, harto ya de tan lenta marcha. Ahora, antes de que el hombre corriese á la casa y agarrase un arma y volviese para alcanzarlo, entraría él por el portón de la Torre.

— ¡Alto! Ahora puede volver á su casa. Pero, antes dígame, ¿cómo se llama aquel lugar?

— Graiña, mi señor.

— Y usted y el rapaz, ¿cómo se llaman?

El viejo detúvose titubeando:

— Yo soy Juan, y mi rapaz Manuel. . . Manuel Domingues.

— Usted, naturalmente, miente; ¿y el otro de las patillas rubias?

— Ese es Ernesto el de Nacejas, el matón de Nacejas; el que llaman *Caza-abrazos*, y que tanto me desencaminó á mi rapaz.

— Bien; pues dígales á esos dos mastuerzos, que no quedan sólo con la soba; que ahora tienen que entenderse con la justicia. Y lárguese.

Desde en medio de la carretera Gonzalo todavía vigiló al viejo, que limpiaba el sudor de la jornada. Después galopó hacia la Torre.

Iba galopando con una alegría tan inmensa, que lo lanzaba en sueño y en devaneo. Era como la sensación sublime de galopar por las alturas en un corcel de leyenda, crecido magníficamente, rozando las nubes, y por bajo, en las ciudades, los hombres reconociendo en él un verdadero Ramires de los antiguos de la historia, de los que derrumbaban torres, de los que mudaban la configuración de los reinos y levantaban ese maravillado murmurio que es el rastro de los fuertes al pasar. Ahora volvía como un varón nuevo, soberbiamente virilizado, liberto, en fin, de la sombra que tan dolorosamente le ensombreciera su vida, de la sombra torpe de su miedo. Porque sentía que ahora, si todos los valentones de Nacejas se le pusieran delante en un temible blandir de cayados, ese *no sé qué* allá dentro se

soltaría de nuevo lanzándolo al fragor de la batalla. En fin, era *un hombre*; y cuando en Villa-Clara Manuel Duarte ó *Titó* contasen hazañas, ya no enrollaría el cigarro, encogido y mudo, no solamente por la ausencia desconsoladora de las valentías, sino sobre todo por el humillante recuerdo de las flaquezas. Y galopaba, galopaba apretando furiosamente el puño del bastón, como para embestidas más audaces. Más allá de los Bravaes galopó furiosamente al avistar la Torre, y parecióle que de repente era más *suya*, y que una afinidad nueva, fundada en la fuerza y en la gloria, lo tornaba más señor de su Torre.

Como para acoger más dignamente á Gonzalo, el portón grande, siempre cerrado, ofrecía una entrada triunfal. Metióse en el patio gritando:

— Joaquín, Manuel, vengan acá uno de ustedes.

Salió Joaquín de la caballeriza arremangado, con una esponja en la mano.

— Joaquín, apareja de prisa el *Rosillo*, corre á un sitio que llaman Graiña, en la carretera de Ramilde. Tuve allá una gran batalla. Creo que di cabo de dos hombres. Quedaron en un pozo de sangre. No digas que vas de la Torre, pero pregunta lo que sucedió y si están ó no muertos.

Joaquín, atontado, metióse en la caballeriza obscura, y de uno de los balcones de arriba partieron exclamaciones asombradas:

— Gonzalo, ¿qué fué? Santo Dios, ¿qué fué?

Era Barrolo. Sin desmontar, sin sorpresa ante la aparición de Barrolo, Gonzalo relató la bulla tumultuosamente. Uno que lo insultara. Después otro que le descerrajó un tiro, y los dos derribados bajo las patas de la yegua en un pozal de sangre.

Barrolo bajó, y Gonzalo, que se desmontaba ya, desmenuzó la historia detalle por detalle.

— Con este bastón, Barrolo, molí á palos á dos hombres. Es una arma terrible. Bien decía *Titó*. Estoy perdido si no llevo este bastón.

Barrolo, admirado, remiraba el bastón. Sí, con efecto, está manchado de sangre. Sangre de gente, sangre fresca. . . Y por entre su orgullo pasó una piedad que lo empalidecía:

— ¡Qué desgracia, vean qué desgracia!

Escudriñó vivamente el traje, las botas, horrorizándose de las salpicaduras de sangre. Sí, Santo Dios, había sangre en la polaina. E inmediatamente, ansiando mudar de ropa, subió la escalera con Barrolo, que enjugaba el sudor balbuciendo: «¡Puede uno encontrar la muerte de repente en la carretera!» En el corredor, apareció Graiña pálida, y Rosa detrás.

— ¿Qué fué Gonzalo? Jesús, ¿qué fué?

Entonces, encontrando á Graiña junto á él en la Torre en ese momento magnífico de su orgullo, después de vencido peligro tan duro, Gonzalo olvidó lo del Mirador, las sombrías humillaciones, y en el abrazo que le dió fundióse todo

su rencor en ternura. Con ella junto al corazón suspiró levemente como un niño cansado.

— Fué el diablo, hija. Una batalla terrible; yo, que soy tan pacífico, imagina tú.

Y por el corredor recomenzó, para enterar á Graciña y á Rosa de la historia.

— ¡Ay, Gonzalo — Graciña murmuró —, y si uno de los hombres hubiese muerto!

Barrolo, más encarnado que una peonía, gritó que tales canallas merecían bien la muerte, y si estuviesen heridos necesitaban el tremendo castigo de Africa.

Era necesario mandar á Villa-Clara á buscar á Gouveia.

Fuertes y ávidas pisadas sonaran en el tillado. Era Benito, que braceaba delante de Gonzalo ansiosamente.

— ¿Entonces, señor doctor, dícenme que tuvo una gran batalla?

De nuevo recomenzó la historia, especialmente para Benito, que la escuchaba con los ojos húmedos reluciendo, como si también triunfase.

— Fué el bastón, señor doctor. Lo que sirvió al señor doctor fué el bastón que yo le di.

Era verdad; y Gonzalo, conmovido, abrazó al viejo ayo, que gritaba excitado á Rosa, á Graciña y á Barrolo:

— El señor doctor dió cabo de ellos. Aquel bastón mata á un hombre. . . Los malvados están

muerdos. Y fué el bastón, fué el bastón que yo le di, señor doctor.

Gonzalo reclamaba agua caliente para lavarse de la polvareda, del sudor, de la sangre. . . Y Benito corrió gritando por el corredor y por las escaleras de la cocina, «que fuera el bastón, el bastón que le diera al señor doctor».

Gonzalo entró en el cuarto acompañado por Barrolo. Sentía el consuelo inmenso de encontrarse, después de tan violenta mañana, entre las dulces cosas acostumbradas, pisando la vieja alfombra azul, respirando por las vidrieras abiertas, donde los ramajes familiares de las hayas se agitaban en el aire para saludarlo. ¡Con qué gusto se acercó al espejo de columnas doradas, mirándose como á un Gonzalo nuevo, y tan mejorado que en los hombros reconocía más anchura y en el bigote un arquear más crespo!

Al tropezar de nuevo con Barrolo fué cuando, súbitamente, despertó:

— Pero, Barrolo, ¿cómo os encuentro hoy en la Torre?

Resolución de la víspera al té. Gonzalo no escribía, no iba por allí. Graciña estaba ya inquieta. De modo que al té, pensando también que los caballos necesitaban una trotada, recordara á Graciña: «Vámonos mañana á la Torre en el faetón.»

— Además de eso, necesitaba hablar contigo, Gonzalo. He tenido grandes disgustos. . .

— ¿Cómo disgustos? ¿Disgustos por qué?

Barrolo, con las manos en los bolsos del pantalón de franela, consideró las flores de la alfombra melancólicamente.

— Es una desgracia esto de que nadie pueda confiar en nadie. Ni tener familiaridades.

Gonzalo pensó en Cavalleiro y en Graciña, mostrando descaradamente en los Cuñaes, como en otro tiempo entre los árboles de la Torre, el sentimiento que los dominaba, y presintió un desahogo, alguna queja triste del pobre Barrolo, amargado por las sospechas, tal vez por las intimidades que espicara. Todas las dificultades de la vida parecíanle ahora, después de la batalla, fáciles de vencer.

— Entonces, Barrolo, ¿sucedíote alguna peripécia?

— Recibí una carta.

Barrolo desabotonó gravemente la chaqueta, sacó del bolso interior una cartera de cuero verde y lustroso con monograma de oro. Mostróselo á Gonzalo con satisfacción:

— Bonita, ¿eh? Presente de Andrés. . . Creo que hasta la mandó venir de París. El monograma tiene mucho *chic*.

Gonzalo esperaba. Por fin, Barrolo sacó de la cartera una carta. Era un papel pautado y una letra menudita, que inmediatamente conoció el hidalgo, declarando con seguridad:

— Es de las Louzadas.

Y leyó serenamente:

«Excmo. Sr. José Barrolo: Vuestra excelencia, á pesar de que todos sus amigos lo apodan *Zé Bacoco*, mostró ahora una extraordinaria viveza llamando de nuevo á su intimidad y á la de su digna esposa al gentil Andrés Cavalleiro, nuestro gobernador civil. Con efecto, la esposa de vuestra excelencia, la linda Graciña, que en estos últimos tiempos andaba tan marchita refloreció y ganó colores desde que posee la valiosa compañía de la primera autoridad. Portóse, pues, vuestra excelencia como marido celoso de la felicidad y buena salud de su interesante esposa. No parece rasgo de aquel á quien toda Oliveira considera como su más ilustre imbécil. Nuestra sincera enhorabuena.»

Gonzalo guardó muy sosegadamente en el bolsillo aquella carta que días antes hubiera sido causa de infinita amargura.

— Es de las Louzadas. ¿Y tú diste importancia á semejante babosería?

Barrolo contestó con los carrillos abrasados:

— Hombre, á mí siempre me disgustan las cartas anónimas. Me molesta esa insolencia al respecto de que mis amigos me llaman *Bacoco*. Es una infamia, ¿eh? ¿Tú lo crees? Yo no lo creo, pero mete cizaña entre nosotros. No volví al Club. ¡*Bacoco!* ¿Por qué? Porque soy sencillo, franco y estoy siempre dispuesto á pagar. Si me llaman *Bacoco* por la espalda, son unos ingratos. Pero yo no lo creo.

Caminó por el cuarto con las manos á la espalda. Después, parándose delante de Gonzalo, dijo:

— Lo demás de la carta es tan estúpido que no lo comprendí. Creo que quieren decir que Graciña y Cavalleiro se entienden. Es lo que me parece que quieren decir. Mira tú qué disparate. Hasta la intimidad de Cavalleiro es mentira. El pobre rapaz, desde que comió allí, sólo vino tres ó cuatro veces de noche para jugar al ajedrez con Mendoza. . . y ahora marchó á Lisboa.

Entonces el hidalgo exclamó sorprendido:

— ¿Cavalleiro fué á Lisboa?

— Hace ya tres días.

— ¿Para estar mucho tiempo?

— Sí, no vuelve hasta mediados de Octubre.

Entró Benito con el jarro de agua caliente y dos toallas. Delante del espejo, Barrolo abotonábase la chaqueta lentamente.

— Bien; hasta luego, Gonzaliño. Voy á la caballeriza á ver mis yeguas. Desde Oliveira sin descanso, y ni un pelo sudado. ¿Tú guardas la carta?

— Guárdola para estudiar la letra.

Apenas Barrolo cerrara la puerta, el hidalgo recomenzó con Benito la deliciosa historia de la batalla.

— Benito, tráeme acá el sombrero á ver si la bala le rozó.

Ambos remiraron el sombrero. Benito, en su

encarecimiento de la hazaña, hallaba la copa algo aplastada, hasta chamuscada.

— La bala pasó raspando, señor doctor.

El hidalgo negó con la modestia grave de un fuerte.

— No, ni raspando. Cuando el infame soltó el tiro le temblaba el brazo. Debemos agradecersele á Dios, Benito. Realmente corrí gran peligro.

Después de vestido, paseando por el cuarto releyó la carta. Sí, era de las Louzadas. Pero ahora su maledicencia, soplada con tan sórdida maldad sobre la idiotez cándida de Barrolo, no causaba daño, antes bien servía casi benéficamente. Al pobre Barrolo lo único que le impresionara era el ingrato apodo puesto por los amigos. La otra insinuación terrible, Graciña reverdecendo al calor amoroso de Cavalleiro, esa ni la comprendiera. Pero la carta, que silbaba por sobre el buen Barrolo como una flecha errante, acertaba á Graciña, hería á Graciña en su orgullo, en su impresionable pudor, mostrándole cómo su nombre y hasta su corazón se arrastraban ya por entre la rastrera murmuración de las Louzadas. Certeza tan humillante no apagaría un sentimiento que no se apagaba con humillaciones más íntimas, más dolorosas. Estimularía más su reserva y su desconfiado recato: y ahora que Andrés se marchaba para Lisboa, operaría en ella un cambio sordamente, sin que la presencia tentadora neutralizase la influencia sosegante y tutelar. Así, aquel

papel aprovechaba á Graciña como un aviso pegado en la pared. Gonzalo pensó que en tan dichosa mañana hasta ese mal redundaría en bien.

— Benito, ¿dónde está la señora doña Gracia?

— Subió ahora hace poco á su cuarto, señor doctor.

Era su cuarto de soltera, claro y fresco, sobre el pomar, donde todavía se conservaba su lecho de madera, y un tocador ilustre que perteneciera á la reina doña María Francisca de Saboya, y el sofá y las butacas en que Graciña bordara el azor negro de los Ramires. Siempre que volvía á la Torre, Gracia gustaba de revivir en su cuarto las horas de soltera, revolviendo en los cajones, hojeando novelas inglesas ó contemplando la quinta, tan mezclada á su vida, que cada árbol le surraba amores y cada rincón de verdura era un rincón de su pensamiento.

Gonzalo subió, á este gabinete donde Gracia regaba, en sus antiguos tiestos vidriados, plantas siempre renovadas y cuidadas por Rosa con cariño.

— ¡Gonzalo — exclamó Gracia gozosa — qué felicidad venir nosotros á la Torre hoy que te sucedió cosa tan tamaña!

— Es verdad, Graciña. Por cierto que no me admiré de verte; me pareció que aún vivías aquí. A quien extrañé fué á Barrolo. En el primer momento, pensé: «¿Pero qué diablo hace aquí Ba-

rrolo?» Es curioso, ¿eh? Fué tal vez porque después de la lucha me sentí remozado con sangre nueva y me juzgué en el tiempo en que deseábamos una guerra.

Ella reía recordando esas imaginaciones heroicas; y con el vestido recogido entre las rodillas siguió en el lento riego de sus tiestos, mientras Gonzalo, recostado en el balcón, consideraba la Torre, retomado por la idea de una concordancia más íntima, que desde aquella mañana se estableciera entre él y aquel resto heroico de Santa Ireneia, como si su fuerza, tanto tiempo quebrada, se soldase, en fin, firmemente á la fuerza secular de su raza.

— Gonzalo, debes estar muy cansado.

— No, cansado no. Con hambre y con sed estupendas.

— El almuerzo no tarda. Anduve trabajando en la cocina con Rosa en una pescada á la española. Es una receta nueva del barón de las Marges.

— Entonces, sosa como él.

— No, está picante: fué el señor vicario general quien se la enseñó.

— ¿Y por Oliveira?

— Por Oliveira nada. . . Mucho calor.

— Yo sé únicamente de las Louzadas, tus amigas. Continúan en plena actividad. . .

— ¿Las Louzadas? No las he visto.

Gonzalo sacó vivamente del bolsillo la carta

que guardaba, y que ahora le pesaba como una chapa de hierro.

— Mira, Graciña. Vale más que te lo diga. Ahí tienes lo que hace días le escribieron á tu marido. . .

Graciña devoró las líneas terribles, y en una aflicción desesperada murmuró:

— Gonzalo, pues. . .

— No, Barrolo no le dió importancia. Lo tomó á risa, y yo también me reí cuando me entregó ese papelucho; y la prueba de que lo consideramos como una murmuración insensata, es que te lo muestro francamente.

Ella arrugaba la carta con las manos trémulas, pálida y enmudecida por el espanto, reteniendo grandes lágrimas que rebrillaban.

Gonzalo, conmovido, dijo con gravedad y ternura:

— Tú, Graciña, sabes lo que son las tierras pequeñas. Sobre todo, Oliveira. Necesitas mucho cuidado, mucha reserva. Yo tengo la culpa. Reanudé relaciones que nunca debieron reanudarse. Bien me he arrepentido. Y por causa de esa situación falsa y tan peligrosa, que yo creé livianamente, pasé días amargos. Ni me atrevía á volver á Oliveira. Hoy, no sé por qué, después de esta aventura parece que todo desapareció. Por eso desahogo serenamente.

Desatóse Graciña en un llanto en que toda su alma se deshacía. Con redoblada ternura Gon-

zalo abrazóla; y con ella refugiada en el pecho le aconsejó dulcemente:

— Graciña, el pasado murió, y todos necesitamos que continúe muerto. Por lo menos, que por fuera aparezca como bien muerto. Soy yo quien te lo pido por nuestro nombre.

Entre los brazos del hermano ella gimió con infinita humildad:

— ¡Pero si hasta se marchó ahora! No quiso estar más en Oliveira.

Gonzalo acaricióle la cabeza, que de nuevo se escondiera contra su pecho, y contra él se apretaba como buscando la fresca misericordia que dentro sentía brotar:

— Lo sé, y eso me demuestra que has sido una mujer fuerte. Pero necesitas mucha reserva. Ahora sosiégate. No hablemos más, nunca más, de este incidente. Porque fué tan sólo un *incidente*.

— Gonzalo, pero ¿tú crees? . . .

El volvió de nuevo á abrazarla, besándole la cabeza lentamente:

— Yo creo que tú ahora, vas á mostrar mucha dignidad, mucha firmeza.

Marchó rápidamente, cerrando la puerta. En la escalera, estrecha, escasamente alumbrada por la luz opaca de una claraboya, limpiaba los párpados, cuando tropezó con Barrolo, que buscaba á Graciña.

— Graciña ya baja — dijo atropelladamente el hidalgo. — Está lavando las manos. Ya baja. Pero